

Hace 50 años

MITO Y REALIDAD DE LA II REPUBLICA

EDUARDO HARO TECGLÉN

LA idea de república danzaba ante los españoles irredentos como un ideal sublime desde que la revolución francesa había demostrado que era posible. La posibilidad de una monarquía democrática, constitucional, no era entonces pensable; la falta de respeto de Fernando VII por la Constitución la había hundido. Incluso había creado una pérdida de fé definitiva en la institución: no se ha restaurado hasta nuestros días. Lo que dilapidó Fernando VII fue un capital popular que la corona

de España había adquirido en la delimitación, enclaustramiento y reducción de los poderes feudales. En realidad, se habían transformado: en caciques, señores, funcionarios, alcahaleros. Y curas, y frailes. El brevísimo fasto de la primera República Española no había podido saltar sobre las brechas del caos y la degeneración continua de la sociedad. Pero exaltó las esperanzas intelectuales de los irredentos.

En los últimos años de la monarquía, o entre dos repúblicas, el ideal republicano era

HACE 50 AÑOS

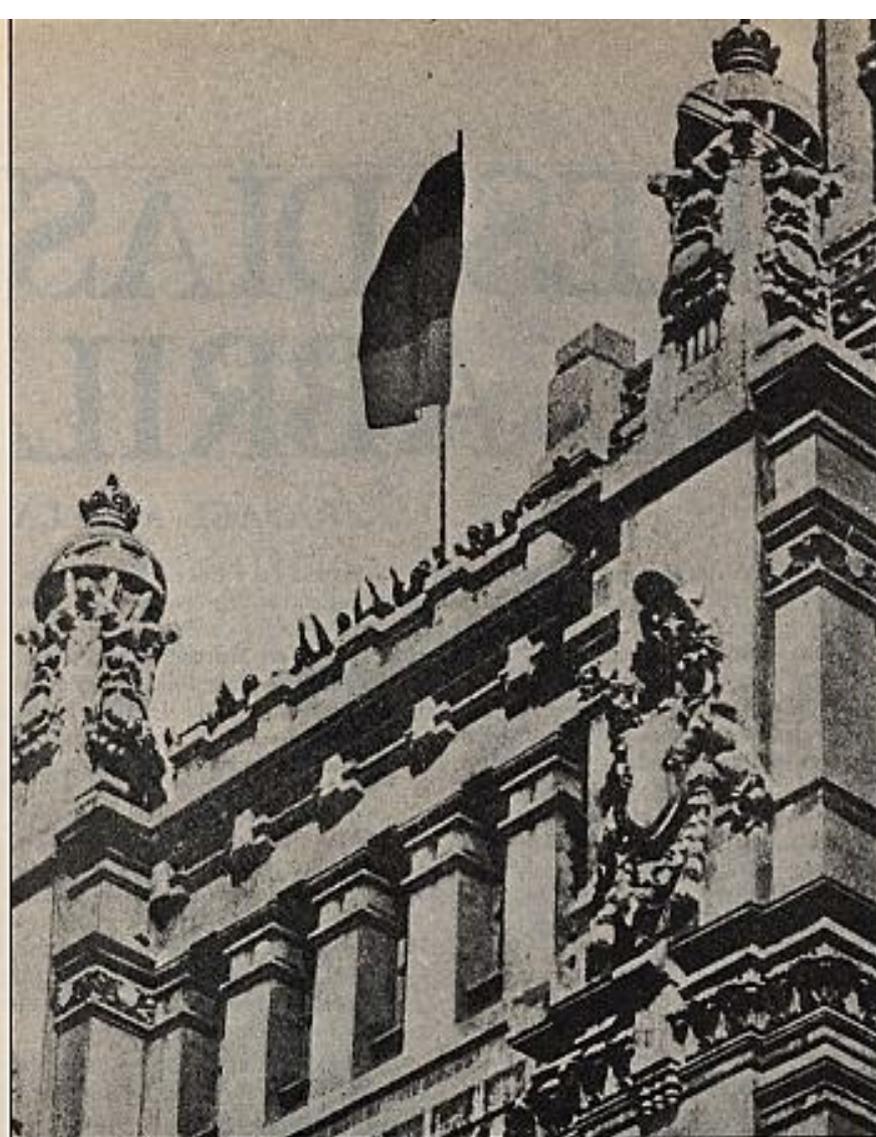
una pintoresca mezcla de necesidad y artes de la imaginación. La necesidad inminente estaba determinada por la miseria y por el mal reparto de la riqueza. Las viejas estructuras nacionales no eran solamente retóricas o simplemente dominantes: no habían actualizado la explotación del país. La España rural agonizaba entre los grandes latifundios del sur —tierras de reconquista, de dueños ausentes en la Corte, convencidos de que los bienes de que disfrutaban eran eternos y de procedencia divina— y los minifundios del norte; en el centro, la amarga pobreza castellana. La edad industrial tardaba en llegar, y comenzó a llegar mal. Con desconfianza, con el miedo religioso a los inventos. Una superstición contra la máquina, el gas o la electricidad. Se suponía que donde entraba esa modernización cambiaba la manera de pensar; y era verdad. Había sido ya verdad en Europa. La preocupación de las castas dominantes, de las castas formadas desde la Reconquista y por lo demás invariables era que pudiese cambiar la manera de pensar. Se habían fundamentado en una sola, que representaba una verdad absoluta. Y perfecta; por lo tanto, inmejorable. La palabra *progresista* no solo significaba una adhesión al invento, sino al arrastre ideológico que el invento traía consigo: la posición *conservadora* indicaba estrictamente lo que la palabra misma: conservar todo como estaba. En el orden de Dios. En la Europa más avanzada existían también ese tipo de resistencias. No olvidemos, como mero ejemplo, lo que significaba una novela como «Frankenstein», de Mary Shelley: el miedo supersticioso al robo de la ciencia de la vida, a la electricidad, a las técnicas: podría provocar el monstruo. Pero en Europa la Reforma y las ideas afines y derivadas habían comenzado ya a minar la idea de que la verdad era única e imperfección: se sabía o se sospechaba que la *verdad*, sin dejar de ser tal, podía ser susceptible de añadidos, mejoras, variantes; y que el invento, bien explotado, bien organizado, podía superar las condiciones de riqueza de los ricos. Tampoco se puede olvidar que, en un principio, la industrialización tuvo como oposición máxima a los pobres, quienes veían en la máquina un instrumento para aumentar su propia necesidad y la capacidad de poder de los poderosos (un residuo de esa idea lo estamos viendo ahora en ciertas formas de la ecología y en la resistencia a la microelectrónica, como generadora de paro y de pobreza). Las clases dominantes españolas eran mucho más sencillas y primarias: no cambiar, no mejorar. Lo que

había era suficiente, y el riesgo estaba en todo lo demás.

Por eso no es de extrañar que en los componentes sentimentales de los republicanos españoles de 1931 hubiera, también, arcaísmos. Estaba todavía la enciclopedia y los filósofos; y mucho más hacia Rousseau que hacia Voltaire. Una idea de la naturaleza; y sobre todo de la naturaleza del hombre, fundamentalmente bueno (la idea fundamental que separa izquierda y derecha: la izquierda cree en la bondad del hombre por naturaleza y en la necesidad de cambiar las reglas sociales que le dedican al mal; la derecha ve al hombre malo, pecador original y salvaje, y cree en la necesidad de la ley, el orden y el castigo para sujetarle; apenas ahora la izquierda española está empezando a cambiar). Un ramalazo de krausismo. Unas entradas de socialismo utópico, que en España estuvo siempre unido al folletín (el pobre sufre por la opresión del rico; sufre, decía el folletín, humillado, vilipendiado, herido en sus hijos, en su amor, en su familia). La entrada lenta y minuciosamente perseguida del marxismo. La gran flor roja y negra del anarquismo, vieja desesperación contra todo lo que supusiera poder: contra la imagen dominante de que todo poder «viene de Dios» aparecía esta rebelión de que cualquier poder puede venir del diablo. La idea del libre-pensamiento, estrechamente ligada a la del anticlericalismo, considerando al clero como el dique a la apertura de las nuevas ideas, de la modernización; como el inquisidor eterno. Toda una gran imaginaria ingenua estaba desplegada en torno a esta idea: mártires antiguos de todas clases, la republicana-mujer —unas veces, la «Niña» a la que había que defender; otras, la matrona de anchos pechos y caderas, símbolo de la fecundidad—; los símbolos del trabajo —la hoz y el martillo, el yunque, la rueda dentada, la plomada y la escuadra; o los ladrillos formando la corona mural—. Alguna esencia garibaldina, alguna comunera, letras de la Marsellesa más o menos adaptadas, poemas libertarios.

En los componentes de la república del 14 de abril de 1931 había una cantidad muy heterogénea de reivindicaciones históricas nacionales y universalistas. Algunas de ellas, contrapuestas entre sí. Podrían discernirse tres grandes bases esenciales. Una de ellas era la de revolución burguesa; una clase social creciente, europea retardada, dueña de algunas claves de la economía nacional, cuyo ascenso estaba obstaculizado por las viejas castas: el disfrute de su bienestar económico recién aparecido no se cua-

jaba por la explotación arcaica y por la limitación de libertades a que estaba sometida según los viejos dogmas. Otra base era la de la mitología democrática de carácter intelectual: la vieja santidad laica, el libre-pensamiento, la utopía siempre válida de la igualdad, la libertad y la fraternidad. No estaba sostenida solamente por los intelectuales profesionales, sino por un pensamiento muy extenso de un país trabajado por escritores, editores, publicistas: la «infiltración» de ideas contra la que se luchaba desde las clases dominantes a partir de la Inquisición no había conseguido jamás la censura total. La tercera base era la proletaria en todos sus aspectos: desde los campesinos de la oscura y trágica España rural a los obreros de las grandes zonas industriales —especialmente, Barcelona—, protagonistas de motines, asonadas, actos aislados, huelgas, rebeliones; víctimas de una represión que jamás acababa con las insurrecciones, sino que las multiplicaba. Se veía, y se vio ya entonces, que este triple motor republicano traía ya discordias internas. El aspecto de gran fiesta del catorce de abril de 1931 produjo algunos equívocos. Mientras las clases populares creían que había llegado el momento de la revolución social, el reparto de tierras y de riquezas, la liberación de la opresión religiosa —el anticlericalismo fundado en una actitud permanente de la Iglesia— y del caciquismo, la burguesía imaginaba, a su vez, que era el triunfo de su propia clase social de patronos medios, comerciantes, profesores, profesionales liberales de todas clases, capaz de guiar y paternalizar al pueblo y de obtener, a cambio, su respeto. Los intelectuales se dividían. Se reforzaban, con la burguesía, los ilusionados en una democracia griega, en un predominio del pensamiento como director de la sociedad: la Institución Libre de Enseñanza —tan valiosa, de todas maneras— representaba esa aristocracia; mientras otros intelectuales tenían puesta su mirada en la revolución rusa de 1917, que había sido la revolución creadora, la de Maiakovski, Essenin y Eisenstein, la que creía también y fundamentalmente en la revolución social. Mientras las viejas clases se refugiaban, cada vez más — y a medida que los años de la República avanzaban — en las posiciones defensivas del nazifascismo, añadidas con las tradiciones españolas de sus siglos de poder: las tradiciones de la Reconquista y de los Reyes Católicos. Adecuándolo todo a sus condiciones históricas y económicas, España era un microcosmos de la Europa en torno: la Europa de las zonas democráticas clásicas, de las zo-



14 de abril: la primera bandera republicana ondeó en la Casa de Correos de Madrid.

nas del fascismo y de las zonas del comunismo.

Sin embargo, la naturaleza de la II República Española estaba, sobre todo, en la revolución burguesa. Salvo alguna excepción, los políticos ascendentes y los que formaron el primer gobierno, luego los diputados de las Cortes Constituyentes, respondían sobre todo a la noción burguesa mezclada con el intelectualismo de los librepensadores. Podían convivir un presidente católico a ultranza con ministros laicos o masones; y la condición de esta convivencia —no fácilmente llevada, sobre todo a medida que progresaban las dificultades— era la de la moderación. Difícil de definir. Hasta qué punto un progreso determinado que entraba en un país estanco como lo había sido el nuestro se quedaba corto o se pasaba —más acá o más allá de la raya de la moderación— era algo poco cómodo de situar. Una gran parte de las acusaciones posteriores a la República por parte de los republicanos —los otros las hicieron sin ningún escrúpulo de realidad— procedía de esta discordancia de puntos de vista. Para unos, la República falló y se perdió porque no había dado el paso suficiente a las clases

populares, no había cumplido el dictado de «República de trabajadores de todas clases» que imponía la constitución, y había tratado de perpetuar, incluso con las armas en la mano, las injusticias sociales eternas. Para otros, el problema era el inverso: se había entregado demasiado, se había dejado deslizar la República hacia el socialismo sin tener en cuenta su textura social. La polémica ha durado casi hasta nuestros días, y todavía los historiadores no han conseguido un acuerdo válido. Como todas las polémicas, ha dibujado una imagen falsa de la República: una imagen culpable. Sobre los dirigentes de la República ha pesado siempre una acusación hecha a partir del final sangriento: la dejaron perder.

Quizá comience a verse ahora que la República, a pesar de sus sobresaltos continuos, fue mucho más eficaz de lo que sus despechados han predicado. Incluso puede verse que lo que hay hoy en España de espíritu democrático procede, todavía, de la tradición de esa república tan mal tratada. La República instaurada el 14 de abril intentó desde el primer momento, y con una velocidad que ahora podemos considerar como acelerada

—ahora, por la lentitud del tiempo político en que estamos viviendo desde la muerte de Franco, y por la misma lentitud que impuso la forma política de Franco, basada también en que todo debía permanecer inmóvil porque todo era ya inmejorable— la modificación de la estructura social de España.

La modificación de esa estructura social pasaba por la de las castas dominantes desde la Reconquista. La república pensó que podía modificar la composición y situación general del Ejército. Tan pronto como el 22 de abril de 1931 un decreto —había otro anterior, del 17, sobre la ley de Jurisdicciones— explicaba el concepto de Ejército en su preámbulo: «El ejército es nacional, así como la Nación no es patrimonio de una familia. La República es la Nación organizada para su propia defensa. Resulta, pues, evidente que, tan solo en la República, pueden llegar el Estado y sus servidores en armas a la identidad de propósitos, de estímulos y de disciplina en que se sustenta la paz interior y, en caso de agresión, la defensa eficaz de nuestro suelo.» Lo que proponía la República a los militares en este decreto era que prometiesen «servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas»; los que no quisieran hacerlo así podría elegir el retiro en condiciones especiales, pero «retirar del servicio activo a los que rehusen la promesa de fidelidad no tiene carácter de sanción, sino de ruptura de su compromiso con el Estado». Iniciaba una serie de reformas. Tuvo su primera respuesta negativa en la sublevación de Sanjurjo del 10 de agosto de 1932.

La Iglesia produjo, también, una respuesta negativa a la limitación de sus poderes. Los Metropolitanos Españoles produjeron su primera pastoral contra la Constitución el 25 de julio: para ellos, el texto constitucional planteaba «una situación gravísima con perjuicio del orden moral y material al establecer el más crudo laicismo de Estado contra lo que explícitamente condena la Iglesia». Una de las críticas era de carácter directamente político: los Metropolitanos negaban que la autoridad emanaba del pueblo, según el texto constitucional puesto que, evidentemente, emana de Dios. La libertad de conciencia era otra de sus preocupaciones. Y, evidentemente, el divorcio, piedra de toque continua. Apenas promulgada la constitución, una nueva pastoral colectiva la condenaba: sus artículos, según los obispos, representaban «una verdadera oposición agresiva». Sobre todo, también, los referentes a la enseñanza laica.

HACE 50 AÑOS

Ramos Oliveira, en su «Historia de España», consideraba que las reformas de la enseñanza constituían «la religión de la República, una obra de misericordia que la República prefirió, incluso, antes que la de dar de comer al hambriento. (...) La reacción divisaba en estas legiones de la pedagogía laica una especie de clero republicano y masónico que prometía desbancar al clero católico en su gobierno espiritual, y de ahí la saña con que se combatió toda la política del Ministerio de Instrucción Pública, la inteligente como la equivocada, la realizable como la utópica».

Sería injusto creer que estos problemas posponían, de verdad, los de «dar de comer al hambriento». La Reforma Agraria, jamás concluida de verdad, fue una de las grandes aventuras de la República; como la de la organización del trabajo, los comités paritarios, los jurados mixtos.

La labor que acometió la República, y que en muchos casos consiguió, fue considerable: desde el voto femenino —y el amparo a los primeros brotes feministas; y las primeras mujeres en cargos de responsabilidad ministerial— hasta la modificación de la enseñanza; desde la expansión de la cultura a unos intentos de mejor reparto de la riqueza. Los que estudien el periodo, los que sobreviven todavía de él, no pueden tener demasiado trabajo en admitir que trajo un auténtico cambio de clima a España. Y recordándolo, leyendo lo escrito en su periodo —en libros y periódicos—, examinando su enorme capacidad legislativa, no se dejarán de encontrar todos los elementos del espíritu democrático de hoy, realizado con mucha más lentitud; y la reaparición persistente de los mismos obstáculos.

Una idea muy frecuente de por qué cayó la II República, reiterada sobre todo en los republicanos despechados, es la de que cayó por todo lo que no hizo. Cincuenta años después, y con la iluminación de todos los acontecimientos posteriores y con las llamadas de la actualidad, se comprende fácilmente que la República cayó —que no cayó, sino que fue arrojada, despenada—, fue, precisamente, por lo que hizo, y por lo que intentó hacer. Naturalmente, no hay que descartar —y es una enseñanza— lo que significó en la caída de la República una nueva revolución burguesa, o a una rectificación de la burguesía. A medida que se fue viendo la penetración de las clases populares en el contexto nacional, y la desaparición de elementos de protección de la burguesía, esta se inclinó hacia la respuesta mesocrática que en toda Europa de entonces significaba el fascismo. ■ E. H. T

TRES DIAS DE ABRIL

RAFAEL ABELLA

LAS noticias iban llegando a los periódicos, a las sedes de los partidos, a los cafés... Ellas iban descubriendo las claves ocultas del fenómeno electoral del 12 de abril, que estaba asombrando a España: en Guadalajara habían perdido los romanonistas, en Murcia, el más difícil todavía: los ciervistas habían sido derrotados. Valladolid, Valencia y Castellón daban resultados del mismo cariz. Pero entre la masa de datos abrumadoramente antimonárquicos, habían detalles increíbles: en muchos lugares los curas habían votado a las candidaturas republicanas con la papeleta abierta. En Madrid, el distrito de Palacio votaba también por la República; hasta los servidores de la Casa Real se habían decantado contra el régimen que les daba de comer. Como remate, estaba el resultado unívoco y clamoroso del éxito global de los candidatos republicanos y socialistas en las grandes ciudades, Madrid, Barcelona, Bilbao...

En este clima apasionante se consumieron las horas de la noche del 12 al 13 de abril. De madrugada, la noticia del triunfo había dejado a los republicanos completamente estupefactos. Días antes de las elecciones, don Manuel Azaña había declarado a un periodista de «La Tierra»: «¡Ingenuidad sería esperar algo de las elecciones!». Al amanecer del día 13, cuando los componentes del Comité Revolucionario, Largo Caballero, Maura y de los Ríos abandonaban la Casa del Pueblo con las noticias frescas del éxito, el catedrático socialista opinó de esta ingenua forma sobre el acontecimiento:

«El triunfo de hoy nos permite acudir a las elecciones generales que se celebrarán en octubre y entonces el éxito, si es como el de hoy, puede traernos la República.»

Si la actitud de los líderes republicanos era de asombro, la del Gobierno era de estupor. Aquella misma mañana, después del soconusco, se reunió apresuradamente el gabinete que presidía el almirante Aznar. Su desconcierto ante lo ocurrido iba a privarles de cualquier capacidad de reacción.

Entre la sorpresa de unos y el anonadamiento de los otros sería la calle, el impulso popular canalizado por un sentimiento unánime, el que diera un nuevo sesgo a la Historia de España. En la Casa del Pueblo de Madrid, en la de Valencia, en la sede del Partido Radical en Barcelona, en

los centros republicanos de Zaragoza, de Sevilla, de San Sebastián unas gentes, enardecidas al conocimiento de los resultados electorales, se habían hecho el propósito de convertirlos en un plebiscito popular, abrumador, contra la Monarquía. Pese a todo, la mañana del día 13 discurrió tranquila, sin incidentes.

Los rumores empezaron a mediodía estimulando el ambiente antidinástico. Se decía que el propio almirante Aznar ante un periodista, había afirmado resignadamente: «¡Que quieren que les diga! ¡El país se durmió monárquico y se despertó republicano!» Se afirmaba, por otra parte, que el general Berenguer, ministro de la Guerra, había cursado un telegrama a los capitanes generales y que la respuesta unánime había sido de aceptación de la voluntad popular expresada en las urnas. Se propalaba, en fin, que el llamado Gobierno provisional de la República, reunido en casa de don Niceto Alcalá-Zamora habían dirigido un manifiesto al país, en el que se pedía al poder público que se cumpliera la voluntad nacional.

Fue lo bastante para que en el curso del día fuera montado el clima de expectación. Por la tarde, al término de la jornada laboral, al cierre de las oficinas, la gente empezó a lanzarse a la calle. Las organizaciones obreras iban a precipitar una espontaneidad que se reflejaba en la alegría de los rostros, en la impresión generalizada de que se estaba ante un acontecimiento en el que el pueblo iba a asumir conscientemente el papel de protagonista. En Madrid, grupos de gente cada vez más numerosa afluyeron por Montera, por Preciados, por Carretas hacia la Puerta del Sol. En Barcelona, las Ramblas se poblaban de gente que se encaminaban hacia la